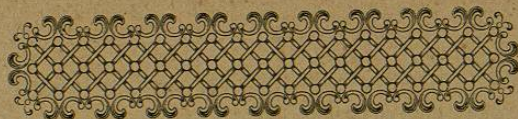


mas de tantos mártires, salude á Zaragoza, como el hijo recién llegado al hogar saluda de rodillas á su madre, la venere y adore como la personificación de todo aquello que hemos adorado sobre la faz del planeta en la carrera y discurso de la vida, desde los templos hasta los sepulcros, y que olvidado de todo cuanto nos divide, os acerque á todos, acusador y acusado, jueces y reo, tribunal y público, en el sentimiento que á todos nos confunde sobre este suelo sacratísimo, en el amor sublime de la patria.

(Del discurso que pronunció en Zaragoza el año de 1858.)



VII

Y después de esto, el Sr. Malo resucitaba con su palabra los tiempos antiguos en su discurso de doctrina, porque el de esta noche ha sido un discurso de polémica, y pedía con grandes clamores aquellas épocas en que nuestros sabios se llamaban San Isidoro, Alfonso X, Nebrija, Arias Montano, el Broncense; en que nuestros escritores usaban la divina lengua de los Querellas, del Laberinto, del Quijote; en que nuestros poetas pulsaban la robusta lira de Lope, Rioja, Calderón; en que nuestros pintores arbolaban los cuadros históricos de Velázquez, los penitentes de Rivera, los Cristos de Morales, las Vírgenes de Murillo; en que nuestros teólogos hablaban en el con-

cilio de Trento, y nuestros lectores enseñaban en la Universidad de París; en que nuestros navegantes atravesaban el cabo de las Tormentas, descubrían en Asia Filipinas, encontraban una nueva creación, premio de su arrojo, en el ignorado seno del Atlántico; en que nuestros soldados escribían con sangre de sus venas el gran poema que comienza en Covadonga y concluye en Granada, y oprimían contra su corazón á Nápoles, á Palermo, á Milán, y sostenían en el monte Tauro, en el Etna, en el Bósforo, con sus robustos brazos, el vacilante imperio bizantino, y cubrían con sus banderas sin rival el Mediterráneo, y enterraban la soberbia media luna en las hirvientes aguas de Lepanto, y vencían á Francia, y amenazaban á Inglaterra, y dominaban á Flandes, y extendían sus huestes por toda Alemania, y salvaban con sus aceros caballerescos toda la Hungría, y grababan la idea cristiana en la frente de África y América; aquellas épocas en que nuestro imperio era más inmenso que el imperio romano, y nuestras conquistas más fabulosas que las conquistas de Alejandro; aquellas épocas en que el mar era como una

alfombra arrojada á nuestras triunfales plantas, y el sol como un diamante engarzado en nuestra inmortal corona.

Me parece, señores, que he sido imparcialísimo al referir todos los fundamentos de la doctrina absolutista. Me permitirán, pues, que use de la misma imparcialidad al criticarla. Yo voy á decir muy pocas palabras.

Vuestro sentido religioso, al confundir la religión con la política, hace del santuario, asilo de todos los hombres, la fortaleza de un partido; vuestro criterio filosófico, si es sólo la fe, puede aniquilar la ciencia, que necesita también de la razón; vuestro criterio político, si es el derecho divino, anula al hombre, porque siempre que Dios se asienta en el trono de la soberanía temporal, el hombre se confunde en el polvo de los insectos; vuestra solución económica, si es la tasa, mata la libertad del crédito, la libertad del trabajo, la libertad de la propiedad, de que os declararéis defensores; vuestra solución social, si es la solución del convento, no será ciertamente el derecho al trabajo, no será el derecho á la asistencia; pero será el derecho á la ociosidad.

Y en verdad, podíamos concluir diciéndoles; vuestro sistema con sus mayorazgos, con su amortización, con sus señoríos, con sus alcabalas, con sus diezmos, con sus aduanas de provincia á provincia, de pueblo en pueblo, después de ser injusticia absoluta, es el empobrecimiento universal.

Y en verdad, señores, que yo busco ese absolutismo tan decantado en nuestra Historia, y no lo encuentro; sí, no lo encuentro en los primitivos tiempos, porque Indibil y Mandonio, Indortes é Isolacio eran jefes de tribu, jefes de familia; y Sagunto, que protestó contra Aníbal, y Numancia que protestó contra Escipión, eran ciudades democráticas; y un pastor el primer jefe de nuestra nacionalidad; y pobres campesinos aquellos astures que aterraban á Agripa y á Augusto, entonando cánticos de libertad desde la cima de sus montes, y se arrojaban al Océano por no arrastrar en extranjeras playas la vil cadena de esclavos; yo no veo el absolutismo en el imperio romano, porque lo que veo son colonias levantadas en el reino de la ciudad eterna, libres municipios levantados en las tradiciones del país; yo no veo el ab-

solutismo en tiempo de los godos, porque lo que veo es una aristocracia militar en Leovigildo y Chindasvinto, una aristocracia teocrática en Recaredo y en Egica; el pueblo haciéndose católico cuando sus señores son arrianos, é idólatra cuando sus señores son católicos; yo no veo el absolutismo desde Covadonga hasta León, porque lo que veo es un pueblo que busca un refugio en el universal naufragio, reyes levantados en el escudo de los soldados, esclavos recogiendo las rotas espadas de los godos, jueces que protegen bajo su manto las nacientes monarquías, condes que arrojan desde sus trones de batalla claros fueros á sus pueblos; yo no veo el absolutismo desde León hasta Toledo, porque lo que veo es el nacimiento del municipio cristiano en 1020, fecha que todo buen español debe llevar aquí, en el pecho; la semilla de nuestro jurado, la transformación del Concilio en Cortes, la idea feudal penetrando por el Pirineo con Sancho de Navarra, y extendiéndose invasora como toda idea hija de su tiempo hasta los llanos de Castilla; no veo el absolutismo desde Toledo hasta las Navas, porque lo que veo es

nuestra legislación municipal florecer, nuestros Ayuntamientos robustecerse, nuestras Cortes reunirse al pie de Cuenca, nuestros ejércitos señoriales y feudales salvar la cristiandad en las Navas de Tolosa; yo no veo el absolutismo desde las Navas al Salado, porque lo que veo es la Universidad levantarse para educar en la libertad al estado llano, los juriscultos forjar la unidad de la justicia, los siervos de la gleba dejar los eslabones de sus cadenas en los propios de los pueblos, el derecho romano surgir como un nuevo astro sobre el caos feudal de la Edad Media; yo no veo el absolutismo desde el Salado hasta Granada, porque lo que veo es D. Pedro el Cruel bañarse en sangre de la nobleza, la casa bastarda inaugurar una política señorial también bastarda, Juan I sellar nuestro movimiento político democrático, D. Alvaro de Luna recoger del polvo la autoridad herida de los reyes, la monarquía enflaquecida é impotente de D. Enrique IV, la gran revolución social concluída en la gran Isabel; yo no veo que fueran educados en el absolutismo aquellos soldados aragoneses que conquistaron á Nápoles y Sicilia y sos-

tuvieron á Atenas y Constantinopla, porque aquellos soldados habían sido educados á la sombra del privilegio general; ni que fueran hechuras del absolutismo los descubridores de América, porque todós habían visto nuestras Cortes, habían respirado gozosos el viento de nuestras libertades. Cuando veo las consecuencias del absolutismo es cuando veo nuestras escuadras anegadas en el mar, nuestros ejércitos rotos en los campos de batalla, la bandera morada de Castilla en el lodo, Lanuza en el cadalso, nuestras Cortes mudas, nuestros municipios destrozados, la amortización extendiéndose como una lepra por nuestros campos, el rey de dos mundos, el amo del Perú, convertido en un mendigo, yendo de puerta en puerta á pedir limosna; absolutismo extranjero, traído á este suelo por gente extraña; la misma que hoy atormenta á nuestra raza en Italia; absolutismo sostenido por familias extranjeras; absolutismo de que la nación se limpió cuando fué dueña de sí misma en 1812, y que si más tarde restauraron bayonetas extranjeras, fué para demostrar á todas las generaciones, para decir á todos los siglos siempre, que el

absolutismo ha sido y será un eterno extranjero en nuestra patria.

.....

Señores, he concluído. Yo no querría que nos separásemos en distintas ideas, ó al menos en sentimientos enemigos. Todos cuantos han hablado en esta brillante controversia, han merecido bien de la ciencia. Unamos nuestras inteligencias en unas mismas ideas, nuestros corazones en los mismos sentimientos.

Donde quiera que los hombres se reúnen para buscar la verdad, encuentran el auxilio de Dios. Todos somos religiosos, levantemos nuestra alma al Creador. Como hombres, pidámosle el bien de la humanidad, la verdad para su inteligencia, el amor para su corazón; como hijos de una misma raza, pidamos que la eterna artista de la Historia, la eterna musa de la civilización y del progreso, nuestra gran raza latina, se salve en esta crisis suprema de su vida; como españoles, como hijos de esta nación querida, tan grande y tan heroica, pidamos que se unan bajo un pabellón, bajo una idea todos sus pueblos; tendamos nuestros brazos al través de los

mares á nuestros hermanos de América para formar la gran confederación ibérica; grabemos la idea cristiana, la idea de la civilización en los desiertos de Africa, que al sudor de nuestras frentes y al suspiro de nuestros pechos se tornarán fecundos, y así seremos dignos de llevar el nombre inmortal de nuestros padres, y levantaremos nuestra España á ser una de las primeras naciones de la tierra.

(Del discurso pronunciado en el Ateneo de Madrid el día 5 de Mayo de 1859, sobre «El socialismo.»)